

HERALDO DE ZAMORA

SIGLO II

AÑO XXVII

DIARIO DE INFORMACION POLITICO E INDEPENDIENTE

FRANQUEO CONCERTADO

Fundador: D. Enrique Calamita Matilla

Número suelto 10 céntimos.

Ultimos telegramas de Madrid, Provincias y Extranjero.

Número 8.837

Suscripción: Capital, un mes . . . 2.00
Fuera, trimestre . . . 6.00
Portugal, id . . . 8.00
República Argentina . . . 40.00
Para el extranjero suscripciones por un año.

Las grandes injusticias y los desvelos sociales se reivindican por la Prensa. A ella se deben todas las conquistas de la Humanidad. En el siglo XXI la pluma vence a la espada.

Martes 6 de Febrero de 1923.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, Santa Clara, 55.
TELEFONO, NUM. 87.

El periódico como institución, es la lengua del mundo, la luz que ilumina la conciencia, la escuela donde se conoce al pueblo, la gran palanca de la civilización moderna.

ANUNCIOS: Cuarta plana, ptas. . . 0.15
Tercera id. id. . . 0.25
Reclamos y gacetas . . . 0.55
Primera id. id. . . 0.50
Comunicados y esquelas a precios módicos.

UN AÑO

El amanecer de este luctuoso día, 6 de febrero, nos sorprende con los ojos arrasados de lágrimas y el corazón destilando dolor inextinguible.

Hoy hace un año que perdimos a nuestro padre, al fundador del HERALDO, a nuestro director, a nuestro compañero, que era guía, consejero e inspirador de nuestras labores periodísticas.

Y así, con los ojos anegados en llanto y el corazón agobiado por la pena, las cuartillas—que esperan el reflejo de nuestros sentimientos,—permanecen sobre la mesa, sin perder su nitidez inmaculada.

No podemos, no sabemos expresar toda nuestra verdadera y legítima aflicción, incomprensible para quienes no seamos nosotros. Quien pierde un padre, llora; quien pierde un maestro, siente; quien pierde un amigo, se aflige. Nosotros perdimos al padre, al maestro y al amigo y la variedad de sentimientos que nos embarga no nos permite más que llorar y rezar.

Si es cierto que el individuo muere en el momento en que la respiración y la actividad del corazón se detienen de un modo duradero, Enrique Calamita Matilla se ha transformado, ha emigrado por voluntad del Eterno a la serena mansión donde los espíritus descansan en reposo inalterable... pero no ha muerto. Vive en nosotros y con nosotros alienta en esta su obra, en este HERALDO, hijo de su espíritu y fruto de su inteligencia. Su corazón no se ha detenido, porque precisamente se operó su tránsito a la otra vida, cuando había gastado todo su tesoro afectivo en estos talleres, en esta Casa donde todo, desde el periódico hasta el más imperceptible detalle nos lo recuerdan y hacen imperecedera su memoria...

Ya que no sepamos expresar todo el dolor que nos oprime el pecho y nos hace llorar, quede manifestada la firmeza de nuestro propósito de honrar la memoria de nuestro padre, de nuestro maestro, de nuestro mejor amigo, perseverando en el trabajo, luchando honradamente por conservar honrado el apellido que nos legara—¡cuantos quisieran decir lo mismo!—y haciendo que éste su HERALDO en el que tenía puestas sus ilusiones y al que fomentó con su inteligencia y con sus entusiasmos y al que para darle vida sacrificó la existencia propia, continúe siendo nuestro ídolo, nuestro verdadero amor, porque con idolatría de enamorado tenía puesto Enrique Calamita todo el fuego de su pasión en HERALDO, orlado hoy con los crespones del más grande de los dolores... El dolor de su ausencia.

Y que sean otros—sus amigos, nuestros amigos—los que desapasionadamente estudien al hombre y juzguen la obra de cultura y de progreso que Enrique Calamita Matilla realizó, pagada con ingratitudes, cuando no con persecuciones que él con su espíritu de hombre superior supo perdonar siempre. Que si fué enérgico contra las injusticias, fué grande y magnánimo para el perdón...

Luis CALAMITA.

Fué Enrique Calamita, un zamorano bueno, honrado y laborioso, amantísimo de su tierra, por cuya prosperidad luchó con entusiasmo, dedicando su actividad e inteligencia a la defensa de sus intereses y aspiraciones. Me parece muy justo y plausible que se honre su memoria y como amigo leal, cariñoso y desinteresado que fué mío, me asocio de corazón a este homenaje.

Francisco García Molinas
Senador por Zamora



Don Enrique Calamita Matilla, Fundador de Heraldo de Zamora.

In Memoriam

Apenas muerto Enrique Calamita mi amigo fiel, trabajador infatigable en Zamora y por Zamora, hombre tan bueno como modesto que realizó en esa provincia una extensa obra de cultura, pensé que esa ciudad debía iniciar sobre un bloque de piedra franca un imborrable recuerdo a quien como él predicó siempre la idea de la libertad.

El silencio elemental que ha venido gravitando sobre su muerte me convenció de mi error y apagó mi ferviente deseo.

Aquel hombre elemental que fué pródigo de sí mismo, viéndolo de prisa, en otro sitio hubiera podido ser tomado como un corsario implacable con los poderosos y magnánimo con los humildes.

Yo recuerdo con tristeza aquella mañana invernal en la que acompañé al Cementerio su cadáver, sintiendo vivir y aletear sobre sus yertos despojos algo espiritual e imperecedero.

Era su periódico, era su HERALDO, obra sangrienta y esquiladora de la vida e intereses de aquel amigo perdido para siempre, en donde queda mejor que en ningún monumento la perpetuación de su memoria.

Jesús Sánchez y Sánchez
SENADOR DEL REINO

Salamanca, febrero de 1923.

Don Enrique Calamita

Mi querido Luis:
Con mucho gusto accedo a tu deseo de escribir unos renglones consagrados a la memoria de tu amado padre, en el primer aniversario de su muerte.

¿Y cómo no? Cuando yo soy de los hombres, que si estudian a los vivos que mueren, tampoco me olvido de los muertos que viven... y entre éstos se encuentra el autor de tus días, que fué siempre conmigo consecuente en su amistad, sin mirar si el sol que alumbraba mis pasos alumbraba el cenit, o marchaba al Occidente. Y entrando ya en esta luctuosa materia, diré que tu padre rindió, durante su azaroso vivir, perenne culto a una trinidad terrestre, a saber: sus hijos, su Requejo y su HERALDO. Y al decir sus hijos, menciono a su idolatrada esposa, hablo también de su hogar. ¡Su hogar...! ¡El nido de sus trabajos, de sus afanes, de sus amores! ¡Su casa! en donde jamás bramó el huracán que desgaja las ramas del árbol genealógico; antes por el contrario, soplabla constantemente el blando céfiro que mece las flores, que no otra cosa son la santa paz y el intenso cariño, cuando se apoderan de los corazones convivientes.

Se dice de Carlos V. que nunca se sentía Emperador, sino cuando habitaba en su Alcázar de Toledo. Enrique Calamita, al lado de su familia, con vistas a su imprenta, se consideraba como el más feliz de los mortales.

¡Su Requejo! a quien yo llamo «El Zamorano» por antonomasia, fué siempre su ídolo, pero no con pies de barro; en el cerebro de Calamita tenía aquel grande hombre un trono, y en su corazón un altar; altar y trono que no vacilaron en sus puestos, ni aun después de la muerte del zamorano insigne... Yo le ví, enternecido en extremo, recordando sus hechos, hace unos años, a orillas del mar donostiarra, y sorprendí en sus clarísimos ojos los relámpagos de su ira pensando en la ingratitud de los hombres, en esa raza de desamorados que pululan por todas partes parecidos a los gusanos que devoran la vida de quien le dió la que tienen...

¡Su HERALDO! En ese periódico infundió Calamita todo su espíritu: vivía con él, de él y para él; y ahora, en este mismo instante que trazo estas líneas, tan mal escritas como bien sentidas, viene a mi memoria el siguiente hecho, que creo oportuno relatarlo:

Tratábase en cierta ocasión de sembrar en el terreno político ideas no muy ajustadas a los sentimientos católicos; quería yo pulsar el ánimo, a este efecto, de mi amigo Enrique, y lo llamé al Seminario, en donde, el que esto refiere, ejercía el cargo de Rector. Fino y atentísimo, como de costumbre, acudió a mi llamamiento; y apenas le insinué el objeto de nuestra entrevista, cuando Calamita, arrugando su entrecejo y abriendo cuanto pudo aquellos ojos, por donde sin celajes asomó su alma, exclamó: «Mi querido D. Blas; ha de saber V. que yo soy liberal porque soy católico; con lo que quiero decirle, que ante todo y sobre todo, siento la Religión que heredé de mis padres, y que, con la ayuda de Dios, transmitiré a mis hijos; no tenga usted cuidado, que las columnas del HERALDO tendrán su base en los principios religiosos.» Y así fué, pues los hechos

dieron testimonio de sus palabras, en el transcurso de los años.

En otra ocasión, mi amigo Enrique buscaba en la precitada Rectoral al sacerdote amigo... y allí me encontró, siendo mi pecho arca santa para guardar sus culias, mi corazón vaso sagrado para recoger sus lágrimas... Y bueno es que conste que mi finado amigo, en aquellos desahogos de su espíritu, sentía pesares, pero no remordimientos. Yo, cumpliendo con los deberes de mi ministerio, y con los estímulos de mi cariño, entre otros consuelos que le prodigara, recuerdo que le recité, si no es infiel mi memoria, los siguientes versos de uno de nuestros más inspirados poetas:

«¡El penar ennoblecí! — Más fulgores dá en la sombra la luz: Tiberio expira en tálamo de flores—Y Cristo muere en afrentosa Cruz.—Contesta de la envidia a los rencores—con un himno inmortal.—Los golpes, el rosal paga con flores... ¡Se tú como el rosal!»

No bien hubi de terminarlos, cuando mi cariñoso amigo se levanta, como movido por un resorte, pidiéndome papel para con su lápiz, ya en su mano escribirlos y conservarlos...

Para el hombre pensador, este detalle, al parecer insignificante, es un retrato espiritual de un varón que siente la fe en su conciencia, y nobles sentimientos en su alma.

Y he aquí, mi querido Luis, en síntesis compendiada, descrita la *trinidad terrestre*, objeto de la devoción vivísima de tu difunto y venerado padre.

Que la Trinidad divina haya acogido en su misericordioso seno el alma del que fué modelo de padres, de esposos, de amigos y ciudadanos, es el anhelo vehemente de tu mejor amigo que te envía, y a los tuyos, un efusivo abrazo.

Blas HERNANDEZ
Deán de Sigüenza.

Sigüenza 2-2-1925.

A don Enrique Calamita.

El caracter

El factor más importante que decide la vida del hombre desde sus años juveniles es el caracter; no se forma ni en la escuela, ni en las aulas universitarias, ni en los libros; muchas de las genialidades son innatas al individuo, otras son fruto de las modificaciones de su situación en el transcurso de los años de su existencia.

El caracter está formado de una extratificación de ideas inconscientes. Sobre estas ideas la razón no tiene imperio alguno.

La perseverancia y la energía de voluntad es la que hace los héroes, los santos y los mártires; son virtudes inherentes a los hombres cuyo nombre conserva la posteridad en sus recuerdos y en los áureos legados que forman la historia de los pueblos. Una iniciativa extraordinaria, una actividad poderosa y una idea muy pura del deber, son cualidades características de los genios que en la lontananza futura, esplenden con el simpático brillo de su memoria.

El llorado fundador de HERALDO DE ZAMORA fué un modelo de caracteres; su don de gentes, su intemperización allanándose por su ilimitada bondad a las situaciones prósperas y adversas que forman el libro de la vida de todo hombre no es característica de todos, es, sí, propio del sentir delicado, de una conexión perfecta entre la inteligencia y la voluntad, domeñada esta última por el pensamiento.

Y éste fué don Enrique Calamita, un caracter de corazón sencillo, de inteligencia desarrollada, carcter que hizo de él un modelo de hombres afables y cultos.

En el gran libro de la humanidad se encuentran rasgos salientes en la modificación de los caracteres, especialmente de los que luchan por ideas, sentimientos y evoluciones, de los hombres cuya generalidad adquirieron el caracter que dominó en sus años primeros, en el hogar y en la escuela, y que sometidos después en la juventud y edad adulta a las duras luchas de la vida, amontonaron en las extratificaciones de su yo, un conglomerado heterogéneo, que en la mayor parte de los hombres forma sus características personales, muy poco fijas y muy variables, ateniéndose a la edad y circunstancias de la vida. Por eso son dignos de admiración los hombres como don Enrique, cuya *banhomi* característica se conservó toda su vida.

Fué el *vir bonus* de Horacio, el caballero exquisito cuya memoria recordamos en el día de su aniversario.

Miguel ANCIL GALARZA

Recuerdo.

Un año ha transcurrido de la muerte de don Enrique Calamita. Quienes como amigos supimos de lo sincero y entrañable de sus cariños y como zamoranos y liberales vimos en todo momento su labor tenaz e incomparable en pró de los intereses de la Patria Chica y del triunfo de las ideas liberales en la misma, cada día más notamos la falta de tan buen amigo, excelente zamorano y entusiasta correligionario.

Cierto es, que mientras exista HERALDO DE ZAMORA, ejecutoria de su honrado esfuerzo y fruto merecido del consta. te trabajo y firme batallar de aquel amigo inolvidable, su espíritu sigue viviendo entre nosotros. Por ello, al dedicar hoy a don Enrique Calamita este cariñoso recuerdo, el propósito me guía de rendir un sencillo tributo a su memoria, deseando que el influjo de ese su espíritu, que en las páginas de HERALDO palpita, con amorosa delectación conservado por sus familiares, surjan para bien de la provincia de Zamora y engrandecimiento del partido liberal en la misma, dignos imitadores de la labor que en vida realizó don Enrique Calamita.

Antonio RODRIGUEZ CID

Ex-Diputado a Cortes.

Zamora-5-II-923.

In Memoriam

Nuestro tributo.

Las lágrimas se evaporan, las flores se marchitan, las oraciones es cierto que las recoge Dios.

Como una oración, como una plegaria, queremos esparcir hoy sobre el recuerdo de una vida ciudadana ejemplar las mieles de nuestra inteligencia al servicio del HERALDO, que es la obra de los entusiasmos y del corazón de aquel hombre bueno que se llamó Enrique Calamita Matilla.

Como quien reza, escribimos con el alma y nuestras plumas ofrendan la ambrosia de su recuerdo al fundador del HERALDO DE ZAMORA.

¿Fundar un periódico?

Si hacer un libro, plantar un árbol y engendrar un hijo es la aspiración suprema de los hombres, de dar vida a una hoja diaria sólo saben los espíritus exquisitos y llegar a imponer esa hoja es el regalo que los dioses solo tienen para los escogidos.

El periódico es un hijo del alma y de la inteligencia. Si es padre carnal sin querer; para tener un hijo espiritual hace falta querer mucho, una voluntad de hierro y a prueba de contrariedades.

¿Cuántos libros no salen de una labor de treinta años de pasión y de entusiasmo! La colección del HERALDO, es la historia de Zamora en más de un cuarto de siglo.

Y es verdad, que la labor cotidiana del periódico no da tiempo para plantar árboles.

Pero es lo mismo; con la pluma en el periódico se labran reputaciones, se cincelan méritos, se cimentan prestigios, se desarraigan prejuicios, se entra a saco y desmochan ídolos, se persiguen injusticias, se impone la Ley y se hace triunfar el derecho... y de la cosecha humana se hacen injertos mejorando las especies: ved al cacique truhán, hipócrita y marrullero, detentador de todas las Justicias—la de los hombres y la Divina—lepra de la Sociedad y plaga humana como camparia a su albedrío sin el freno de la publicidad y sin la serreta de la difusión periodística, que lo amoldan al patrón de la civilidad y de la rectitud: o le abren las puertas del presidio o lo reducen.

Fundar un periódico, es abrir una Escuela, en la que a diario se combate por la Cultura y contra el analfabetismo, viviendo con la esperanza de mejorar la vida de los hombres, haciendo luz donde las tinieblas triunfan y desalojando a la ignorancia de sus posiciones.

Con esa ejecutoria rindió su alma a Dios, hoy hace un año, Enrique Calamita, que supo dar vida al HERALDO DE ZAMORA.

Y a la ejemplaridad de aquella existencia ciudadana, al recuerdo de su imborrable memoria, como una plegaria dilecta, como una oración exquisita, ofrecemos este recuerdo póstumo que con nuestras oraciones a Dios, es lo mejor que encontramos en el santuario de nuestro espíritu los que a su lado combatimos ofreciéndole siempre ser honrados y ser buenos.

Los que a diario hacemos el HERALDO, hoy, en la triste comunión espiritual de nuestra pena, en el aniversario del padre, del hermano, del amigo fiel y cariñoso, congregados en la mesa de trabajo, baluarte y trinchera, con la pluma en la mano y las cuartillas a la vista, no sabemos que decirnos, ni que decir al público.

En el silencio reverente y respetuoso a la memoria de quien lo fué todo para nosotros, solo se nos ocurre mirarnos entre sí para infundirnos ánimo y con los ojos arrasados en lágrimas expresar de unos a otros, lo que el corazón nos dicta a todos.

El periódico, nuestro HERALDO, la obra vigorosa y sana, espíritu de aquel hombre fuerte y de voluntad que se llamó Enrique Calamita, vive. Vive y vivirá porque a ello nos comprometimos solemnemente unos hombres de honor que aprendimos del Maestro a luchar y a vencer, ofreciéndole que seríamos dignos de él en nuestro cariño al trabajo y en nuestro amor a Zamora.

Y en la triste ausencia, dolorosa y fatal, irremediable, que saudades más reconfortadoras, al pensar que nos debemos a la fidelidad de una palabra que cumple con la satisfacción del deber.

LA REDACCION

Una cuartilla

Un año ha que desapareció de nuestro lado el hombre bueno, el amigo cariñoso, el consejero prudente y desinteresado, el ciudadano intachable y amante de su pueblo como el que más, el que siempre tenía para el triste una frase de consuelo, para el afligido un consejo, una idea salvadora para el apurado y una sonrisa para el satisfecho.

Su vida fué un modelo de laboriosidad y dedicó al engrandecimiento de Zamora todos sus esfuerzos.

Ya desapareció de entre nosotros hace un año; pero ahí está su obra perpetuando su recuerdo. Ahí está el HERALDO, a la vanguardia en la defensa de los intereses morales y materiales de Zamora, paladín esforzado de las libertades patrias, que sigue las huellas trazadas por su fundador Calamita, que puso en él todos sus entusiasmos.

Hace un año que partió para la mansión de los justos, que no en otro lugar puede hallarse un alma como la de Calamita. Un año hace, y sin embargo, a nosotros, los que tuvimos la dicha de honrarnos con su amistad, de escuchar y seguir sus sabios consejos, nos parece que aún se halla a nuestro lado: Hombrés como Calamita, no muere en el corazón de quienes cultivaron su trato.

Cuántas veces en este año que ha transcurrido, al escribir mi «Impresiones propias», cuando la fantasía llevada en alas de mi sentir romántico, se eleva más allá de los límites de lo prudente, oigo la voz del cariñoso amigo don Enrique que me invita a pensar sobre el alcance de mis palabras. Y al conjuro de esa voz, detiene el vuelo mi imaginación, tacho o rompo la cuartilla que escribía, derramo una lágrima y elevo una plegaria en memoria de quien, desde la celeste altura, se digna todavía aconsejarme con el mismo paternal cariño que lo hacía en vida.

Por eso, si para el común de las gentes don Enrique no existe, para sus fieles amigos, para sus deudos, para los de HERALDO, Calamita no ha muerto: vive en nuestros corazones e inspira nuestros actos, y esto es suficiente.

Luciano CAÑO

La Coruña, 1925.

En memoria de D. Enrique Calamita

Cuando, en Septiembre de 1920, uno de esos grandes trasatlánticos que parten de Buenos Aires me trajo a España, Luis Calamita, que siempre ha sido para mí un hermano y para quien yo un hermano seré siempre, me invitó genilmente a pasar unos días con él en la vieja ciudad de Zamora.

Entonces fué cuando conocí a su padre. Era un hombre alto y fornido. Herido de muerte estaba ya, y, sin embargo, en su voz recia y pastosa, en su mirada, en sus gestos, en sus actitudes, revelaba una energía increíble. Quince días viví a su lado, acogido cariñosamente en su casa; la casa que él había sabido levantar, como un modelo de hogar castellano, y que hoy sostienen los hijos, congregados alrededor de la madre y entregados al recuerdo fervoroso del buen padre que se llevó la muerte, en una hora de infinita angustia.

Aquellos quince días viven en mi memoria, aromados por mi gratitud. Poco traté a don Enrique, ciertamente; pero lo suficiente para conocerle; lo bastante para quererle y admirarle, ya que aquel caballero sencillo y afable, animoso y sincero, generoso y leal, no guardaba en su alma complejidades sinuosas y dábala toda entera en la efusión de sus anchas y morenas manos.

A la hora del yantar cotidiano sentábase a su derecha; él presidía la mesa. En la charla cordial y animada de los hijos ponía siempre su voz para un comentario, para un consejo, para una advertencia. Yo escuchaba, atento. Vela al noble periodista ya en el ocaso de su vida laboriosa, cuando los quebrantos de su salud le habían obligado a retirarse de este ingrato oficio que tantas energías devora; pero le veía aún marcando orientaciones para su amado HERALDO, aconsejándonos y alentándonos a todos los que en él escribimos. En verdad, que aquel hombre no llegó a perder nunca su gesto viril de sembrador de cultura; sus manos le temblaban... le temblaban... y su respiración se le había hecho fatigoso.

sa... pero el espíritu suyo estaba siempre erguido y tenso, y alerta vivía a todas las palpitaciones del periodismo! Recuerdo cómo, por las noches, sus hijos le llevaban la prensa de Madrid, que él leía con una delectación de enamorado, para comentar después, en torno a la amplia mesa, lo más culminante de la actualidad española, con aquellas palabras suyas, que aún me parece oír, reveladoras de su raciocinio clarísimo, de su alteza de miras y de aquel alto afán de justicia que fué la norma de toda su vida...

La obra de don Enrique Calamita no se ha perdido, por fortuna. Vedla aquí, en este HERALDO DE ZAMORA que él fundó hace veintisiete años y sostuvo con fe ciega, con entusiasmo inquebrantable y con juvenil optimismo. En los duros momentos de prueba por que tuvo que pasar el diario, don Enrique no sintió un desfallecimiento moral ni la sombra de un titubeo. Hombre de férrea voluntad era él, y habíase propuesto imponer aquella tribuna de cultura que, andando el tiempo, tanto había de trabajar por el progreso de Zamora; luego, ya impuesto el HERALDO, los zamoranos vieron cómo, gracias al ejemplar esfuerzo de Calamita, podían contar con un defensor decidido de sus intereses colectivos, con un educador liberal; liberal en el más amplio y sano sentido de la palabra.

Las grandes injusticias y los desvelos sociales se reivindicaban por la Prensa. A ella se deben todas las conquistas de la Humanidad. En el siglo XX, la pluma vence a la espada.

El periódico, como institución, es la lengua del mundo, la luz que ilumina la conciencia, la escuela donde se conoce al pueblo, la gran palanca de la civilización moderna.

Esto se lee al frente de HERALDO DE ZAMORA; éste es su programa, ésta su doctrina. Al margen de las banderías políticas, alejado de los mezquinos egoísmos de nuestros «prohombres», lo fundó don Enrique Calamita; y así continúa, y así deberá seguir, limpio y recto, como el espíritu de quien lo creó.

Afortunadamente las manos que han recibido la herencia son dignas de ella, y sabrán mantener en alto el Ideal de Paz, de Cultura, de Amor y de Trabajo que el inolvidable periodista nos legó.

Bernardino de PANTORBA
Madrid, Febrero 1925.

RECUERDO

Los forjadores de almas.

Don Enrique Calamita

Hoy se cumple el año que dejó el mundo de los vivos aquel formidable luchador que se llamó don Enrique Calamita. Su fallecimiento dejó en esta redacción un vacío difícil de llenar.

Hombre ciegamente enamorado de los altos ideales que son el poderoso motor del progreso humano, luchó durante veinticinco años por su defensa, derramando prodigamente, en las columnas del periódico los áureos tesoros de su corazón formidable. Él fué el zamorano ilustre que un día y otro y años y más años contribuyó, con un tesón sin límites, más que ningún otro, a formar la conciencia liberal de la provincia.

Llevaba en su frente el genio de la verdad, en su corazón la llama del ideal y en su cerebro el pendón del trabajo. Su voluntad era tan grande como su fe en el porvenir. No desmayó nunca, no vació nunca, no se rindió jamás.

Como todos los hombres de recto temple y voluntad firme, fué perseguido, injuriado, calumniado por la vileza y la envidia, pero su alma, que volaba muy alto, supo salir limpia y pura del inmundado lodazal en que se desenvuelven las bajas pasiones humanas.

Cuando más arreciaba el ataque, cuando más grandes eran sus dolores morales, cuando la campaña difamatoria hubiera hecho vacilar al más terne, don Enrique, aislándose del mundanal ruido, en el santuario de su mesa de redacción, continuaba vertiendo en el periódico toda su alma idealista, que luchaba sin tregua por la justicia y la libertad.

Su periódico era el más grande de sus amores. Fruto acrisolado de su labor perseverante, era para él algo así como un hijo más en la familia; el hijo de su cerebro.

Pudo haber escalado altos puestos, porque amistades y ocasiones le sobra-

ron para ello; pero tan grande como su cariño a la idea de libertad y a la hoja volandera del periódico, era su aversión a la política ruín.

Hombre conocedor, como pocos, de las debilidades y flaquezas humanas; certero en sus apreciaciones e imparcial en sus juicios, hacía, con una frase, el retrato moral de una persona. Poco amigo de prodigar el aplauso, cuando le hacía, se podía estar seguro de merecerlo. En los últimos años, tan aleccionado estaba por la experiencia de una vida de lucha constante, que sus juicios, sus opiniones, sus consejos, eran verdaderas máximas.

Pero don Enrique no fué solo un batallador incansable, un forjador de la conciencia ciudadana en el yunque de la idea liberal, un conductor vidente de la masa popular desde las columnas del HERALDO; don Enrique fué, además, un hombre enamorado de la belleza; un artista, cuyo temperamento revela en su magnífica colección de fotografías artísticas de monumentos históricos de la provincia, no superada ni aun igualada por nin-

gún zamorano. Donde quiera que hubiese un pórtico de mérito, una columna de época determinada, un capitel artístico, una arcada relevante, unas ruinas históricas, un rincón de Naturaleza atrayente, allí estaba la máquina de don Enrique para fijar en el papel la maravilla.

Y cuando, rendido de sus tareas, necesitaba dar reposo al espíritu y descanso al cuerpo, se hundía en su huertecillo de Monforte, mirador incomparable de belleza, sombreado por las parras y los frutales y embalsamado por el aroma embriagador de variadísimas flores, teniendo a sus pies la verde alfombra de las huertas, festoneadas por la plateada cinta del Duero, y más allá la opulencia de los ubérrimos viñedos de los pueblos limítrofes.

Tal fué el zamorano ilustre cuyo aniversario celebramos hoy. En casa, un padre; en la Prensa un director; en la sociedad, un guía; en todo y siempre, un hombre, un carácter. Honremos su memoria.

Valentín FERRERO



EL CÍCLOPE

Hay páginas que, para ser escritas, obligan a empapar la pluma en la roja sangre de las venas...

Y ésta, es una de ellas; página de dolor y gloria, a un tiempo mismo, cuyos caracteres han de tener todas las irradiaciones de un sol en el cenit, para rasgar el cendal que suele cubrir a la Verdad, terrible siempre y siempre triunfante...

Sí; esta es una página de luto; de luto eterno para los que en la casa del HERALDO aún sienten el vacío desolador, desde que alzó el vuelo, a la región serena, aquel espíritu incansable, eternamente inquieto, adorador rendido de su dama y de su Patria...

Sí; esta es una página de gloria; de gloria inmarcesible e íntima, para este divino oasis español que se llama Zamora, a cuya vera puso Dios la majestad del caudaloso Duero, y en cuya techumbre extendió un pálido girón de firmamento, cuajado de rubies y topacios...

Hablar de Enrique Calamita, fundador del HERALDO, es evocar los días aciagos en que al desbarajuste nacional, respondían los mambises de Cuba y los indios de Filipinas, con el formidable grito de rebelión... Es rememorar la tragedia de Cavite y Santiago de Cuba, bajo la honda impresión de aquellos combates desiguales y fragorosos, de los que salió aquilatado el inimitable gesto bélico español, y destrozado el honor nacional, por culpa de unos hombres de gobierno, —desalmados,— que debieron servir de preludio al negro canibalismo de Grecia...

Fué entonces cuando Enrique Calamita surgió al palenque del periodismo... Liberal y creyente; inspirado y radioso como el nuevo Mesías de un pueblo tiranizado,—tanto más gobernable, cuanto más ilota e inconsciente,—dió a Zamora un periódico que ha sido,—desde su fundación,— la escuela de civismo de todos los zamoranos...

Los talleres de HERALDO fueron la fragua de Vulcano donde el ciclope forjara los rayos del tonante Júpiter,—el dios de las batallas...—Y rugió la tormenta; rugió, con bostezos de tempestad, en derredor del cruzado... Hoy es el lapiz rojo del Censor que mutila,—para que no salgan a la luz,—las miserias de una Justicia venal, de una administración corrompida, de un Gobierno de dilapidación y de crimen... Más tarde, la denuncia, rastrera, inmunda, de los corifeos del César; de aquellos que, en la ascensión a las cumbres, llevan la cola de su veste, salpicada de sangre caliente de sus víctimas; de aquellos para los que rimara esta estrofa de cauterio un poeta, fustigador de tiranos:

¡Ah...! ¡Cuántos de esos señores que bastón de mando oprimen, por el camino del crimen, han llegado a los honores!...

Así fué Enrique Calamita; Agamenón, —letrado, guerrero y sacerdote,—dejó en su trato social, una escuela de pulcritud, de enseñanzas y de amor a la Patria; hizo de HERALDO un ariete contra los desmanes del caquismo; y trocó el hogar en un templo en cuyo dintel esta-

ban escritas,—con letras de martirio,— estas palabras: Dios, Patria y Rey...

¡Si aquel otro zamorano, todo bondad y amor para esta bendita tierra—Federico Requejo,—hubiera sentido resonar las últimas palabras del inmortal, desterrado a quien tanto amó, tal vez sintiera clavarse en el alma como un puñal damasquino, la tremenda frase romana: ¡Vae victis! ¡Ay de los vencidos!...

Pero era necesario ascender, enteramente sólo, al Gólgota del sacrificio; que no de otro modo se escala el Tabor de la glorificación... ¡Y así murió y vivió Enrique Calamita, encarnado con el pueblo al que amó con arrobo de místico, hasta consumirse, como una vela cuya última lágrima de cera, es un rayo de luz, frente a las nebruras de una Noche, eternamente oscura, y tristemente eterna!...

El, perseguido, acorralado, como el ciervo por la hambrienta jauría,—pudo mostrar, como Vinicio frente a Nerón, el pecho desgarrado, en defensa de la Patria; él, impoluto en el pensamiento y la expresión,—pudo clamar ante sus acusadores y jueces, con el luminoso poeta del Anáhuac:

¡Los claros timbres de que estoy ufano han de salir de la calumnia ileso!... ¡Hay plumajes que cruzan el pantano, y no se manchan!... ¡Mi plumaje es de esos!...

Incumbe hoy a nosotros, los que sembramos, desde la casa del HERALDO, la sana y fecundante semilla de las ideas, glorificar la memoria del paladín caído junto a la bandera de sus altos ideales, y envuelto en los esplendores y la bizzaría de un incendio...

Zamora debe guardar en su corazón, como en un viejo relicario de oro, el recuerdo de su hijo inmortal, periodista excelso, que hizo resonar el nombre de Zamora más allá de las fronteras de España... Porque es la Patria quien, honrando a sus héroes y apóstoles, da pábulo a la bendita envidia que acicatea a los que solo avanzamos, como ridículos pigmeos, tras la gigante figura de aquel astro del periodismo regional...

Y tú, recio vástago de un tronco todo savia y fecundidad para la bendita tierra zamorana; tú que, hoy hace un año,—recogiste la bandera enlutada que aún ondea en los minaretes de la casa del HERALDO; tú que, para ser digno sucesor y heredero del padre y periodista, llevas todo el tesoro de sus virtudes y comienzas a recorrer su calvario, con la misma cruz a costas, donde él fué ignominiosamente crucificado...! evoca el recuerdo de tu padre en las horas de ostracismo; y vuelve la vista a nosotros los que compartimos contigo la noble y apostólica labor de limpiar de cizaña estos benditos campos zamoranos, que parecen entonar un epinicio triunfal, cuando sobre ellos se ciern,—en voley majestuoso,—la mano del sembrador...

Aún hay cíclopes en la fragua misteriosa... Escucha la estridencia de las máquinás, plasmando la Idea, hecha carne y sangre de redención y vida... Sigue, sigue al ideal, con la fe del apostol, con la ardentía del guerrero... No esperes a que resuene, desde la región de la gloria, la dulce voz, paternalmente increpadora, del Maestro: ¿Quo vadis...? ¿A dónde vas...?

¡«Vox populi, vox Dei.» Y es el pueblo, este generoso pueblo zamorano, quien te llama a la lucha, desde la dirección del HERALDO, porque sabe que él es el viejo y esforzado defensor de la riqueza de este suelo privilegiado, cuyos campos baña el caudaloso Duero —el Nilo de promisión—, como una hinchada arteria de vida y riqueza maravillosas, no lejanas...

Y sí, como Alcís ante la asamblea de los Reyes, vienes tú que el verdugo apreste la guillotina, para cercenar tu cabeza, ante los perseguidores de tu padre—que lo serán tuyos—, incrépales: ¡Pronto; cortadme la cabeza...! ¡Es lo que me sobra por encima de todos vosotros...!

Que mientras la sangre inocente de los mártires del ideal siga,—un día y otro día,—empapando la bendita tierra española, de un polo al otro polo se escuchará, resonante y lúgubremente trágica, la voz del poeta;

La tabla que en el mar se balancea; el blanco cisne que revuelve el lodo, son símbolos de triunfo en la pelea... ¡son la Verdad que triunfa, sobre todo!

Ricardo SANTA CRUZ

Febrero 6 de 1925.

Un hecho rigurosamente histórico.

Estábamos en cierta ocasión varios estudiantes del primer año del bachillerato paseando por el patio del Instituto viejo de esta localidad, cuando, de repente, oímos una bofetada tremenda y como consecuencia de ella vimos rodar a nuestros pies como si fuera una pelota a un pobre chiquillo. El héroe de aquella hazaña fué un grandullón que la llevó a cabo por el grave delito de tropezarle el muchacho según iba corriendo y caerle un cigarro puro que llevaba en la mano.

De la concurrencia que presencié aquella salvajada, se destacó un estudiante, bajo de estatura, ancho de pecho y de cara expresiva y simpática, el cual, encarándose con aquel energúmeno, le dijo: «es usted un bárbaro indigno de vivir entre personas civilizadas»; el aludido se vino a él con la siniestra intención de repetir la escena anterior, pero este valiente jovenzuelo, con gran serenidad lo dejó llegar, y antes de que el otro bajara la mano que ya tenía levantada, le dió tal puñetazo en el estómago en la forma que lo hacen los boxeadores, que cayó como un fardo panza arriba, quedando por un momento inmóvil y medio congestionado por el golpe recibido. A continuación este generoso chico le tendió la mano para ayudarlo a ponerse de pie, diciéndole que si no estaba satisfecho con aquella primera lección, podían empezar la segunda. Excuso decir que no aguardó a probar a ver si en otro encuentro tenía mejor fortuna.

Este acto que refiero con toda exactitud me impresionó en tal forma, que acercándome a él le estreché las manos, suplicándole que me honrara con su amistad; él la aceptó con gusto y desde aquel memorable día fuimos cordiales y verdaderos amigos hasta que perdió su vida. En esta forma trabé amistad con Enrique Calamita, porque él fué el caballero pundonoroso que de una manera tan bella reparó una ajena injusticia, demostrando con ello que tenía un alma noble y un corazón generoso.

Este fué el hombre a quien hoy recordamos con profundo dolor todos cuantos nos honramos con su amistad, y aunque el suceso referido sea un detalle de poca importancia, a mí al menos me basta para afirmar con verdadera convicción, que el que practicó tan hermosa acción siendo un niño, jamás pudo albergar en su gran corazón otros sentimientos que los de la generosidad y el altruismo.

CELSO

PARA EL HOMENAJE

(Del Corresponsal en Madrid).

Con verdadera emoción dedico estas palabras de recuerdo a la memoria de aquel hombre que con su conducta, siempre recta, con su trabajo infatigable, con su bondad nunca desmentida y con su afecto consecuente para cuantos le trataron, dejó, al morir, huellas indelebles de estimaciones. Y en estos instantes de evocación de aquella personalidad generosa, modesta y buena, lamento no disponer de mayor espacio para expresar con toda amplitud el concepto que pude formar en una vida de comunes afanes, en el orden periodístico...

La ventaja es que la semblanza moral de Enrique Calamita no necesita definidores y apologistas, porque está grabada en el corazón de cuantos tuvieron el honor de apreciar, día por día, los singulares méritos que le adornaban.

Pero tengo por seguro, que la voz íntima de cuantos dedican en este querido HERALDO DE ZAMORA unas palabras al muerto inolvidable, será tan unánime y de tan numerosa variedad y significación, que solo pretendo ser uno de tantos, de los más modestos, aunque también de los más fervorosos.

No voy a descubrir quién era y qué hizo en su vida Enrique Calamita; limitándome a su vida pública, porque las virtudes de la privada son tan conocidas que no necesitan enaltecimientos.

Desfilan ante mi recuerdo los hechos principales del HERALDO DE ZAMORA, la gran obra del finado. En ella se destaca su personalidad moral e intelectual, des-

de que lo fundó hasta los últimos momentos de su vida; pues si bien hijos queridos vienen también hace muchos años poniendo en el periódico cuanto supieron heredar del padre inolvidable, en rectitud y en inteligencia, todavía supo y pudo el finado, hasta los últimos momentos, colaborar en su obra con el consejo y con la inspiración de su luminoso entendimiento.

Calamita luchó con todo género de dificultades para sacar a flote el HERALDO DE ZAMORA y necesitó toda su indomable voluntad, toda su integridad y su espíritu luchador para no doblegarse ante asechanzas y ante enemigos, francos unos, embozados otros.

Y a ese esfuerzo, secundado después, cuando sus energías habían decaído, por su hijo Carlos y ahora por Luis—ambos dignos de su padre en inteligencia y en merecimientos—se debe ese periódico que siempre fué paladín de las ideas liberales, que defendió todas las causas justas, que fomentó la cultura, las artes y las industrias, y que fué campeón incansable de la prosperidad de Zamora en todos los órdenes y de los anhelos del desvalido.

Con persecuciones de la injusticia y con la sustancia de su alma nobilísima, llevó adelante Enrique Calamita la obra de sus amores, por Zamora y por España.

Con los mismos contratiempos han seguido idéntica labor los hijos del finado, cada uno en la esfera de sus medios y circunstancias.

A todos dedico un abrazo en que se funda mi afecto entrañable al muerto y mi admiración al periódico, que combatiendo caciquismos y defendiendo los ideales nobles, es mirado en las Redacciones de Madrid como gran órgano de información y de intelectualidad, honra de la Prensa provinciana.

Y un saludo a la dama virtuosa que con sus condiciones supo secundar la obra de tantos años, en que eran precisas todas las energías... ¡Cuántas veces, en los momentos de desmayos y de persecuciones, sería estimulado el amigo entrañable por su compañera valerosa; identificada con él, y siempre tan resuelta también en favor de las campañas por la Verdad y la Justicia...!

Gerardo SANCHEZ ORTIZ
Madrid, Febrero de 1923.

¡Ya un año!...

Don Enrique vive en mí como era cuando presidía la mesa de la casa amiga y endulzaba la agradable charla de familiar ambiente, con dulces consejos saturados por realidad abrumadora que avaloraban su autoridad impecable.

Y sin embargo, esta realidad que pasa velozmente sin posar en nuestro ánimo la sensación de su continuidad, nos hace ver que ya pasó un año que dejó de ser lo que era, lo que somos, para ser lo que está siendo... ¡lo que seremos...

El afecto entrañable me fortaleció en aquellos amargos momentos, para no ver la mueca eterna en aquel carácter exteriormente rudo y serio, pero que en la intimidad y consejo era bondad infantil, todo corazón y hombre bueno, que sabía compartir a través de los achaques de la dolencia que venció una abrumadora resistencia física, con el recuerdo de su vida activa, como zamorano ejemplar, periodista inteligente y hombre honrado, que jamás se dejó vencer por las artimañas de políticos al uso, ni amenazas de destierro.

Y es que don Enrique era todo un hombre, todo un carácter, toda una institución.

Por esto Zamora, con la muerte de don Enrique Calamita, perdió un defensor de sus intereses, un amante de sus tradiciones y un propulsor de sus tesoros y costumbres.

También nosotros, los que en la vieja ciudad vecina, recordamos con afecto al amigo noble, leal y sincero que tanto gustaba de recordar sus mocedades en la tierra charra, elevamos hoy nuestra plegaria en recuerdo de la vida que pasó a lo infinito... a lo desconocido...

¡Ya un año!...

«¡Y parece que fué ayer!...»

Federico C. ALAGUIERO.
Salamanca y febrero 1923.

MENUDENCIAS

Ante la tumba del Maestro.

I

Hace un año que la muerte cortó el peregrino vuelo de tu existencia, modelo del luchador de alma fuerte. Cesó tu vida y al verte ganar la cumbre del Cielo, Zamora, con desconsuelo, lloró el dolor de perderte. Y ante tu tumba de hinojos, con lágrimas en los ojos y pena en el corazón, a tu memoria sagrada, rindió la flor delicada de una bendita oración.

II

Lució fúnebres crespones esta gloriosa bandera alma de tu vida entera, templo de tus devociones. Entre santas oraciones, tu gloria, que nuestra era, cantó con voz plañidera la musa de mis canciones. Y ante la sagrada fosa donde tu cuerpo reposa, presas de angustia infinita, los que tus huellas seguimos, del recuerdo te ofrecimos la flor excelsa y bendita.

III

Para honra de tu memoria, sigue tu HERALDO querido siendo lo que siempre ha sido: noble blasón de tu historia. De tu limpia ejecutoria es el vocero aguerrido; y en él con recio latido vibra el eco de tu gloria. En el fragor del combate, es tu ejemplo el acicate que estimula a estos soldados que hasta la hora suprema serán fieles a tu lema: antes muertos que humillados.

IV

La tierra de tus amores, aquella que te amó tanto, la que, con orgullo santo, cubrió tu tumba de flores, rinde a tu memoria honores con ese amor sacrosanto que pone en los ojos llanto y en el corazón fervores. Con ella, la musa mía, del recuerdo, en este día, te ofrenda la pasionaria. ¡Flor que en el alma ha brotado ungiendo con el sagrado perfume de una plegaria!...

Emilio MATO

DE MIS RECUERDOS

En 1899 unos cuantos muchachos deseábamos dar expansión a nuestras aficiones en la culta Zamora, de tan bien cimentadas tradiciones literarias; recordábamos los nombres de Nicasio Gallego, Ramos Carrión y Clarín y estábamos dispuestos a emular sus glorias.

Pero necesitábamos una persona que nos ayudase, que nos lanzase a la publicidad, pues, como yo, algunos de aquellos muchachos ya sabían lo que era perder dinero en editar un libro o una revista.

Y ese hombre fué Enrique Calamita, el llorado fundador de HERALDO DE ZAMORA.

Le expuse nuestros deseos, los acogió con el cariño con que respondió siempre a mis modestas iniciativas, y así surgieron *Los Lunes del Heraldo*, que se publicaron durante mucho tiempo.

Calamita me confió la dirección de aquella página literaria, y uno de sus mayores gozos era alentar aquellas aficiones, teniendo siempre elogios para nuestros méritos y disculpa para nuestras ligerezas juveniles.

Un día obsequió con un excelente banquete a los redactores de *Los Lunes* y remató el ágape en fiesta literaria, donde se leyeron composiciones que Calamita recordaba después con alegría y con cariño.

En esta fecha, aniversario de su muerte, valga como homenaje a su memoria este recuerdo de unos días felices que orientaron mi vida y que me propor-

cionaron enseñanzas que no olvidaría sin ingratitud.

Desde lejos la pintura escenográfica ofrece efectos magníficos y así desde lejos los recuerdos poetizan y subliman la realidad; por eso yo, desde la ciudad del Disuerga, creo ver en el cementerio de San Atilano, que guarda restos para mí muy queridos, la tumba de Enrique Calamita como un faro indicador de mi vida, que con sus destellos me dice: Bondad, Perseverancia, Renovación, Trabajo; que esto fué la síntesis de su vida.

Carlos RODRIGUEZ DIAZ
Valladolid, Febrero 1923.

SOBREVIVIR

La muerte acabará con la vida fisiológica, mas la historia vive siempre porque ella recoge el fruto de aquella vida, en el rendimiento que haya dado a la Sociedad. Ella mide y valora la actuación del que pasó por la vida y es la que ofrece el testimonio cierto de la utilidad prestada a la colectividad y lo ofrece a la pública consideración para enseñanza y modelación futura.

Enrique Calamita en la laboriosidad, conquistó un nombre, orlado de virtudes, que legó a los suyos, que ofrendó a su querida Zamora. Aquella su vida de labor constante, dió como fruto una educación moral y social que resplandece en el hogar santo de la familia, y que perdura con alabanzas de justeza sin par en los que a su lado vivimos gozando de las acrisoladas noblezas que esmaltaban su ejemplar vida.

Le vimos cultivando el arte y propagando las bellezas del solar zamorano; le contemplamos gozoso cuando desarrollaba una iniciativa que a Zamora ennoblece; le sorprendimos siempre en el trabajo honrado, que fué el más preciado de sus recreos, para modelar la vida de sus hijos y laborar por su amada tierra. Nunca le hallamos ocioso, ni mucho menos despreciando el tiempo y el esfuerzo en baldías empresas.

De aquella laboriosa vida, de aquel constante batallar por el engrandecimiento de Zamora, la historia ha recogido testimonios ciertos, que ennoblecen y ensalzan la vida del llorado Enrique Calamita.

Los que de cerca vivimos con Enrique y hasta en los menores detalles recogimos el fruto de una lealtad sin par, los que perdimos con el amigo cariñoso el consejo prudente y el avisado guardián de las más atinadas virtudes, sentimos el vacío hondo del sano mentor y las dulzuras del compañero siempre afable y en disposición para la práctica del bien.

¡Es tan difícil llenar el vacío que deja un buen amigo!...

Su recuerdo vive en nosotros, y él nos lleva a la piadosa oración que en tributo obligado le ofrendamos, para bien de su alma y como lenitivo a nuestro pesar. ¡Descansen en paz!

A. GARCIA

Homenaje póstumo.

La prensa contribuye grandemente a realizar una labor cultural, y quien como Enrique Calamita dedicó su vida entera y sus afanes a fundar y sostener el HERALDO DE ZAMORA, merece se le tribute el debido homenaje a su memoria.

Y si a más de este aspecto recordamos su actuación en el orden político, sube aún más de punto su mérito al reconocer su entusiasmo por la causa liberal, jamás desmentida a través de su larga vida de periodista y su amor a nuestra querida provincia, en que inspiró sus campañas en el periódico. Luchador infatigable, sagaz y culto, ponía en todas ellas su alma entera, logrando hacer vibrar a la opinión pública que, apasionada le alentaba con sus aplausos.

Como amigo fué siempre leal, bondadoso y consecuente. Cuantos le buscaron le hallaron siempre dispuesto a luchar, inspirándose en la defensa de nobles y elevados ideales.

La obra de Enrique Calamita perdurará, y su nombre, respetado por todos, siempre será recordado con cariño por los zamoranos.

Manuel REQUEJO
Ex diputado a Cortes

1.º febrero 1923.

IMP. VDA. DE E. CALAMITA.—ZAMORA.